

CONOCE EL AMOR IDEAL

†=♥

UNA PALABRA DE REUNIÓN

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. (Lucas 23:46)

Jesús no era normal. Él habló en voz alta y valientemente al final. Quería que todos supieran lo que estaba ocurriendo.

Primero, exclamó en alta voz en agonía de espíritu: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”.

Después, tras decir a los que estaban de pie en la cruz “Tengo sed” y recibir algo de beber, declaró victoriosamente: “Consumado es”.

Finalmente, “Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiro”.

Las Escrituras dicen que “sabiendo Jesús que había salido de Dios, y a Dios iba”. Tras seis horas en la cruz, le llegó el momento de reunirse con su Padre. Ese había sido su propósito durante todo el tiempo. También se adelantaba a preparar un lugar para todos los que creen en Él, para que nosotros también podamos unirnos a Dios en el cielo.

Lo primero que aprendemos es que a Jesús nadie le quitó la vida. Él la entregó voluntariamente. Su espíritu no le fue arrebatado de su cuerpo por fuerzas fuera de su control; Él se lo estaba entregando intencionalmente a Dios. Él no fue una víctima pasiva, como les parecía a quienes le veían, sino que fue un agente activo en su muerte sacrificial.

Lo segundo que aprendemos sobre la muerte de Jesús de su séptima y última “palabra” en la cruz es que confiaba en el Padre. A pesar del sentimiento temporal de abandono que sintió durante las horas de oscuridad, sabía que su Padre le amaba y que recibiría su espíritu al morir. Jesús permaneció fiel hasta el final.

Filipenses 2 nos muestra lo que fue para Jesús regresar al Padre.

Antes de venir a la tierra, Jesús era “en forma de Dios”, disfrutando del esplendor del cielo en compañía del Padre y del Espíritu Santo. ¿Cómo sería su unión y deleite el uno con el otro? Nuestras relaciones más íntimas y puras solo pueden darnos una pequeña pista.

Sin embargo, Jesús “no estimó el ser igual a Dios como algo que podía usar para su propio beneficio”. En cambio, escogió usar su divinidad para nuestro beneficio. Él “se despojó tomando

UNA PALABRA DE REUNIÓN

forma de siervo, a semejanza humana”.

Durante su vida terrenal, fue ungido por el Espíritu Santo y se mantuvo en contacto íntimo con el Padre mediante la oración. Pero aun así, no debía ser el mismo tipo de cercanía con los demás miembros de la Trinidad que había experimentado antes.

Él hizo todo lo que el Padre le pidió durante sus más de treinta años en la tierra. Y finalmente “se humillo a sí mismo”, más de lo que ya lo había hecho, “siendo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

¡Qué reunión tan maravillosa debió haber experimentado y hecho posible para nosotros, cuando al fin regresó al Padre!

Ahora mismo, recorremos los kilómetros de nuestro viaje “por fe, no por vista”. Jesús le dijo a uno de sus discípulos que lo vio en su estado resucitado: “Porque me has visto creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. Esos somos nosotros; personas que están bendecidas porque, aunque no hemos visto a Jesús en la carne, sin embargo creemos en Él.

Pero un día, no necesitaremos nuestra fe para conectarnos con Jesús. Estaremos verdaderamente en su presencia. Nos encontraremos con Él cara a cara, caminando el resto del camino por vista, y no por fe. Estaremos junto a Él para siempre. Es maravilloso. ¡Un milagro!

PREGUNTAS PARA TI:

¿Cuándo te has sentido más cerca de Dios?

¿Qué experiencias o prácticas te ayudan a estar más cerca de Dios?

Para ti, ¿qué significa la unión con Dios?

¿Cuál es tu entendimiento de cómo será vivir en unión con Dios eternamente?

